



HISTORIA

No está claro el origen histórico del Adviento. Un canon del Concilio de Zaragoza (380-381) invita a los fieles a acudir a la asamblea durante las tres semanas que preceden a la Epifanía, por tanto a partir del 17 de diciembre, en lo que parece ser una preparación para el sacramento del Bautismo que tenía lugar –conforme al uso oriental asumido por España– en la Epifanía, celebrando el Bautismo del Señor. Posteriormente el rito hispánico conocerá un tiempo de Adviento con seis semanas de preparación.

En Francia en el siglo V, encontramos un tiempo de preparación a la fiesta romana de Navidad del 25 de diciembre, que comienza seis semanas antes, precisamente el 11 de noviembre (de ahí el nombre de *Cuaresma de san Martín*).

En Roma el Adviento se conoce desde el siglo VI, y de las seis semanas iniciales –como aún hoy lo mantiene el rito ambrosiano–, se pasó a las cuatro definitivas, propuestas por san Gregorio Magno. Su contenido está muy marcado por el paralelismo de las dos venidas de Cristo, centrandolo el primer domingo en el tema del juicio final.

Ya durante la Edad Media se introducirán elementos típicamente relacionados con la Navidad, tales como el canto *Rorate coeli* y posteriormente las antifonas mayores del Magnificat conocidas como antifonas de la O.

En la actualidad, el tiempo de Adviento tiene una doble índole: preparación para las solemnidades navideñas y expectación de la segunda venida de Cristo al final de los tiempos. Se distingue claramente un primer período desde el comienzo del Adviento hasta el 16 de diciembre inclusive, y un segundo que va del 17 al 24 de diciembre, conocido como ferias privilegiadas y que intensifican el carácter mariano propio del Adviento.

UNA CERTEZA

**La venida de Cristo en la carne,
cumplimiento parcial de las promesas.**

UNA ESPERANZA

**La última aparición gloriosa,
cumplimiento total de las promesas.**

LA IGLESIA EN EL TIEMPO DE ADVIENTO

La liturgia del Adviento ha desarrollado en la Iglesia una auténtica espiritualidad litúrgica, centrada en la venida del Señor y en su espera. Venida del señor en la carne; adviento del Señor al final de los tiempos; constante presencia del Señor en su Iglesia y en el corazón de los fieles que lo acogen con amor.

Palabras clave del tiempo de Adviento son espera y esperanza, atención y vigilancia, acoger y compartir. Decía el beato cardenal Newman: “Es necesario estudiar de cerca el sentido de la palabra velar. No sólo hemos de creer, hemos de vigilar; no sólo hemos de amar, tenemos que velar; no sólo es necesario obedecer, hay que estar alerta. ¿Y por qué hemos de velar? Para acoger este gran acontecimiento: la venida de Cristo. Vela con Cristo quien no pierde de vista el pasado mientras mira hacia el porvenir y completa lo que el Salvador le ha merecido y no olvida lo que por él ha sufrido”.

La espera es una de las características del cristiano. El Adviento la renueva. La Iglesia es la comunidad de la esperanza que, en este tiempo, revitaliza su conciencia de ser reserva de esperanza para toda la humanidad. La Iglesia, a través del Adviento, renueva su misión escatológica para el mundo y proyecta a todos los hombres hacia un futuro mesiánico del cual la Navidad es primicia.

Vivido así, el Adviento resulta como una intensa y concreta celebración de la larga espera en la historia de la salvación, como el descubrimiento del misterio de Cristo presente en cada página del Antiguo Testamento. Adviento vive la historia pasada orientada hacia el Cristo escondido en las páginas veterotestamentarias y explicado en el Nuevo Testamento, y sugiere la lectura de nuestra historia como una presencia y una espera de Cristo que viene.

En el hoy de la Iglesia, el Adviento es una ocasión para redescubrir la centralidad de Cristo en la historia de la salvación, pasada, presente y futura.

PALABRA DIVINA PARA CUATRO DOMINGOS

I LA ESPERA

Reunión de los pueblos
Cercanía de la salvación
Llamada a la vigilancia

II LA CONVERSIÓN

El renuevo de Jesé
Las promesas cumplidas
Llamada a la conversión

III LA ACOGIDA

Promesas mesiánicas
Esperar la venida
Los signos del Mesías

IV EL ANUNCIO

La Virgen dará a luz
De la estirpe de David
Anuncio a José



En el año litúrgico, el Adviento es el tiempo mariano por excelencia. La solemnidad de la Inmaculada Concepción se inserta armónicamente en este tiempo; en ella celebramos –como indica Pablo VI en *Marialis cultus*– la preparación radical a la venida del Salvador y el feliz principio de la Iglesia sin mancha ni arruga.

María es la llena de gracia, la bendita entre las mujeres, la Virgen, la esposa de José, la sierva del Señor. Es la mujer nueva, la nueva Eva, como canta un prefacio de Adviento, que restablece y recapitula en el diseño de Dios, por la obediencia de la fe, la promesa inicial de la salvación.

Es la hija de Sión, la que representa el antiguo y el nuevo Israel. Es la Virgen del *fiat*, la Virgen fecunda. Es la Virgen del silencio, de la escucha y de la acogida.

María es plenamente la Virgen del Adviento, tiempo litúrgico en el que descubrimos su presencia y su ejemplaridad. Como Madre del Verbo encarnado, ella ha hecho posible su ingreso definitivo en el mundo y en la historia del hombre, ofreciendo su colaboración a Dios y haciendo del sí de la Anunciación, el sí de la nueva alianza.

**Has constituido a la bienaventurada Virgen María cumbre de Israel y principio de la Iglesia,
para que todos los pueblos conozcan que la salvación viene de Israel
y que la nueva familia brota del tronco elegido.**

**Ella, hija de Adán por su condición humana,
reparó con su inocencia la culpa de la madre.**

**Ella, descendiente de Abrahán por la fe,
concibió en su seno creyendo.**

**Ella es la vara de Jesé
que ha florecido en Jesucristo, Señor nuestro.**

(Prefacio de la misa de la Virgen María, estirpe de Israel).

DOS LÍNEAS

**LA ESPERA DE LA PARUSÍA
(segunda venida de Cristo)
LA PERSPECTIVA DE LA NAVIDAD
(primera venida del Mesías)**

DOS GRITOS

**MARANA-THA
(¡ven Señor!, de Ap 22, 20)
MARAN-ATHÁ
(el Señor viene, de 1Cor 16, 22)**

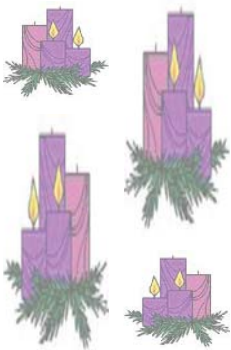
REFRESCANDO LA MEMORIA

NORMAS LITÚRGICAS

- 1.- Hasta el 16 de diciembre inclusive, se dice cada día el prefacio I o III de Adviento, dejando el II y IV para la segunda parte de este tiempo (desde el 17 en adelante).
- 2.- El altar puede adornarse con flores pero con mayor moderación que durante el resto del año.
- 3.- Está permitido el uso de la música instrumental, cuidando crear un clima que suscite actitud de vigilancia.
- 4.- En las ferias de la primera parte del Adviento, puede celebrarse la misa ferial, así como la misa de la memoria de un santo, sea esta obligatoria o libre. No están permitidas las misas por diversas necesidades.
- 5.- Desde el 17 de diciembre, todas las memorias de los santos son libres y sólo se pueden celebrar a manera de conmemoración.
- 6.- Misas de difuntos:
 - exequial: NO en domingos ni solemnidades de precepto;
 - tras la noticia de la muerte, sepultura definitiva o primer aniversario: NO en domingos ni solemnidades;
 - "cotidianas": NO en todo el tiempo de Adviento (OGMR, nn. 380-381).

RECOMENDACIONES

- 1.- Colocar en un lugar destacado una imagen de María, discretamente adornada e iluminada.
- 2.- Usar vestiduras sagradas de color rosa el III domingo (pero no durante la semana tercera).
- 3.- Para destacar el carácter más festivo de las ferias privilegiadas, a partir del día 17 colocar más luces en el altar, vestir ornamentos morados más festivos, cantar todos los días el *aleluya* antes del evangelio y usar a diario la plegaria eucarística III.
- 4.- Dado que *Sacrosanctum Concilium* dispone que las devociones se sometan a la liturgia, es conveniente durante el tiempo de Adviento rezar todos los días los misterios gozosos del rosario.
- 5.- En la misa: usar el saludo propio del tiempo; el Credo Niceno para la profesión de fe (aprovechando para recuperar la inclinación prescrita para todos en el momento del *incarnatus*); las aclamaciones cuya respuesta termina con *Ven, Señor Jesús*; una oración sobre el pueblo adecuada o la bendición solemne propia.
- 6.- Recuérdese que el misal de las Misas de la Virgen María ofrece tres formularios completos para el tiempo de Adviento, así como una bendición solemne propia.
- 7.- Colocar en lugar visible el signo denominado Corona de Adviento, que puede tener o no la forma que indica su nombre. Lo importante es que sirva para mostrar el aumento de la luz a medida que se acerca la celebración de la primera venida del Señor, por lo que es aconsejable colocar en ella luego en Navidad, aunque con elementos más festivos, la imagen del niño Jesús. Los cuatro cirios indican los cuatro domingos, por lo que no se justifica la inclusión de un quinto cirio haciendo referencia a la solemnidad de la Inmaculada, la cual está en el Adviento pero no es parte integrante del mismo. La Corona se bendice al comenzar la primera celebración con pueblo (nn. 1235-1242 del *Bendicional*), y los cirios se van iluminando cada domingo acompañados del canto pertinente.



CONOCER, AMAR Y COMUNICAR LA FE DE LA IGLESIA

Así reza el objetivo general del Plan Pastoral 2011-2015 de nuestra Diócesis. Dado que dicho Plan sigue las cuatro partes del Catecismo, en este primer curso pastoral nuestra atención se ha de fijar en la fe.

Por mandato de la Iglesia, en la celebración eucarística de todos los domingos y solemnidades, hemos de profesar nuestra fe mediante su símbolo: el *Credo*.

En el Adviento del año litúrgico 1989 (noviembre del año natural 1988), entre otras modificaciones celebrativas –profesión de la fe en singular, actual versión de la oración dominical, dos nuevas posibilidades del *orad hermanos*, etc.–, se suprimió la obligatoriedad de utilizar en la Misa sólo el *Credo* niceno-constantinopolitano, actuando conforme a la siguiente rúbrica: **Para utilidad de los fieles, en lugar del símbolo niceno-constantinopolitano, la profesión de fe se puede hacer, especialmente en el tiempo de Cuaresma y en la Cincuentena pascual, con el siguiente símbolo llamado «de los apóstoles».**

Nótese que la rúbrica dice “se puede hacer”, es decir, que se trata de una permisón o indulto de la norma habitual, que consiste en la utilización del *Credo* niceno.

Pero claro, durante muchos años estos símbolos han sido denominados entre nosotros como *Credo largo* (niceno) y *Credo corto* (apostólico). ¿Cuál será mejor para la “utilidad de los fieles”? Naturalmente el corto. Pero..., ¿por qué razón? ¡Pues por ser corto!, porque recitarlo supone un ahorro de unos treinta segundos respecto al niceno, y treinta segundos menos de misa ¡son treinta segundos!

A día de hoy, en la mayoría de nuestras asambleas celebrativas se usa el *Credo* apostólico sistemáticamente, con la grave consecuencia de que pastores y fieles de todo tipo (laicos, religiosos o monjes), están olvidando el *Credo* niceno (al parecer, el argumento para la permisón del uso del apostólico fue evitar que cayera en el olvido, y lo que se está consiguiendo es el olvido del niceno).

Pues bien, dado que el símbolo niceno supone una más completa profesión de los contenidos de la fe católica que el “llamado «de los apóstoles»”, y dado que el *Credo largo* dice explícitamente que Jesucristo “se encarnó de María”, así como que “vendrá con gloria” –el *Credo corto* prefiere las expresiones “nació de santa María” y “ha de venir”–, parece recomendable que por el acento que en el presente curso resalta nuestro Plan Pastoral, y por celebrar el Adviento con su doble dimensión que todos conocemos, aprovechemos este tiempo litúrgico fuerte para recuperar el uso del símbolo niceno-constantinopolitano, dejando el otro para los tiempos recomendados en la rúbrica citada, así como para las solemnidades de apóstoles (una en el calendario general, pero sin duda más, considerando los calendarios particulares).

Y centrados ya en el que, durante muchísimos años, fue conocido entre nosotros como *el Credo de la Misa*, podemos marcarnos un par de objetivos para el crecimiento en la fe.

Por un lado comprobar que decimos bien –y, si no lo hacemos, enseñarlo– lo de que Jesucristo es de la misma naturaleza *del* Padre. En la versión anterior, decíamos *que el* Padre, y dado que las consonantes palatales son más fáciles de pronunciar que las dentales, si escuchamos atentamente, descubriremos que muchos de nuestros fieles (y tal vez muchos de sus pastores), continúan confesando algo que resulta, cuando menos, impreciso.

Decir que Jesucristo es de la misma naturaleza *que el* Padre, significa decir que ambos son Dios, pero no implica afirmar que sean el mismo Dios. Por el contrario, si el Hijo es de la misma naturaleza *del* Padre, estaremos confesando con rigor lo que dice nuestra fe: que Padre e Hijo son el mismo Dios, porque tienen la misma y única naturaleza divina (y no dos naturalezas divinas pero separadas, cada uno la suya, siendo dos dioses).

Por otra parte, un segundo objetivo vendría marcado por la recuperación del gesto –mandado, por otra parte, para todos– de la inclinación en el momento de recitar el misterio de la Encarnación del Señor. Es un gesto de una gran pedagogía que ayuda a reconocer la grandeza del inicio de la plenitud de los tiempos, así como a manifestar plásticamente nuestro asombro. Por otra parte, inclinarnos siempre que se recita el *Credo* –ora el niceno, ora el apostólico–, realza los dos momentos del año litúrgico en que, lo que hacemos en ese momento, es arrodillarnos; a saber: solemnidades de la Natividad y de la Anunciación de nuestro Señor Jesucristo. De lo contrario lo de arrodillarse queda como algo aislado, en lugar de ser una plenitud expresiva de lo que hacemos todos los domingos y solemnidades.

Si al centrarnos en la fe que nos salva, trabajamos para profesarla correctamente y manifestarla de un modo plástico, estaremos haciendo mucho para alcanzar el objetivo pastoral de conocer, amar y comunicar la fe de la Iglesia.

INTENCIONES PARA LA ORACIÓN DE LOS FIELES

(No se trata de formularios completos, sino de intenciones para incluir en otros formularios).

Para que Dios conceda a todos los españoles, trabajar por el fomento en nuestra Patria de la verdad y la libertad, la justicia y la paz, la unidad y la concordia, así como por el respeto de los derechos fundamentales de todos. Roguemos al Señor.

Por los que sirven a España en misiones internacionales de paz: para que Dios los proteja, dé fortaleza y paciencia a sus familias y les conceda regresar con salud y con el gozo del deber cumplido. Roguemos al Señor.

Por los jóvenes alumnos de las academias y escuelas militares: para que sus años de formación les doten de la fortaleza moral y temple de alma que necesitan nuestros ejércitos, para ser fieles a su difícil e importante misión. Roguemos al Señor.

Para que la sociedad española descubra cada día más y valore en su justa medida, la necesidad de nuestras Fuerzas Armadas como garantes de la libertad, de la democracia y de la convivencia pacífica entre todas las gentes que pueblan nuestro suelo patrio. Roguemos al Señor.

Para que nuestro rey Juan Carlos I, al desarrollar sus funciones al servicio de España, cuente con los dones del Espíritu Santo que quiso invocar al comienzo de su reinado. Roguemos al Señor.

Por el Gobierno de España: para que fiel a los principios que sustentan la cultura occidental, trabaje por avanzar hacia una sana laicidad donde se dé eficazmente el respeto a la libertad religiosa de todos. Roguemos al Señor.

Por el Papa Benedicto XVI: para que Dios le conceda vida larga y saludable, a fin de que pueda seguir iluminando con su magisterio a los hijos de la Iglesia y a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. Roguemos al Señor.

Para que nuestro Arzobispo Castrense Juan, sus capellanes y cuantos trabajan en la pastoral diocesana, gasten y se desgasten por el anuncio y la vivencia del Evangelio en todos los ámbitos de nuestra Iglesia particular. Roguemos al Señor.

Para que la esperanza del Adviento inunde la vida de los enfermos, de las viudas, de los que viven en soledad, de las víctimas del terrorismo o de cualquier tipo de violencia, de los marginados y de cuantos sufren la inmensa pobreza de no descubrir a Dios en su vida. Roguemos al Señor.

Por nuestros enemigos: para que Dios se manifieste en sus vidas, les cambie el corazón y podamos un día celebrar juntos el gozo del perdón y del encuentro. Roguemos al Señor.

Por cuantos, bautizados en Cristo, se han alejado de la vida de fe: para que redescubran la presencia de Dios y, acogiéndose a su paciencia, retornen al hogar común donde ver acrecentada su fe. Roguemos al Señor.

Para que Dios suscite, entre nuestros jóvenes militares, vocaciones al ministerio sacerdotal, a la vida consagrada y al matrimonio cristiano, a fin de que nuestra Iglesia manifieste la vitalidad del Espíritu. Roguemos al Señor.

Para que Dios siga haciendo crecer las semillas esparcidas en la pasada Jornada Mundial de la Juventud, a fin de que sus frutos vayan llegando poco a poco a la madurez, para gloria suya y bien de su santa Iglesia. Roguemos al Señor.

Para que, quienes entregaron su vida en acto de servicio a España, reciban de nosotros gratitud y reconocimiento, y de Dios el don de la vida eterna. Roguemos al Señor.

EL TIEMPO DE ADVIENTO SEGÚN BENEDICTO XVI

La Iglesia inicia un nuevo Año litúrgico, un nuevo camino de fe que, por una parte, conmemora el acontecimiento de Jesucristo, y por otra, se abre a su cumplimiento final. Precisamente de esta doble perspectiva vive el tiempo de Adviento, mirando tanto a la primera venida del Hijo de Dios, cuando nació de la Virgen María, como a su vuelta gloriosa, cuando vendrá “a juzgar a vivos y muertos”, como decimos en el Credo.

El Adviento conmemora la venida de Dios entre nosotros. Todo inicio lleva consigo una gracia particular, porque está bendecido por el Señor. En este Adviento se nos concederá, una vez más, experimentar la cercanía de Aquel que ha creado el mundo, que orienta la historia y que ha querido cuidar de nosotros hasta llegar al culmen de su condescendencia haciéndose hombre. Durante el tiempo de Adviento sentiremos que la Iglesia nos toma de la mano y, a imagen de María santísima, manifiesta su maternidad haciéndonos experimentar la espera gozosa de la venida del Señor, que nos abraza a todos en su amor que salva y consuela.

Mientras nuestros corazones se disponen a la celebración anual del nacimiento de Cristo, la liturgia de la Iglesia orienta nuestra mirada hacia la meta definitiva: el encuentro con el Señor que vendrá en el esplendor de la gloria. Por eso nosotros vigilamos en oración. La liturgia –que es el lugar donde vivimos la verdad y donde la verdad vive en nosotros–, no se cansa de alentarnos y de sostenernos, poniendo en nuestros labios, en los días de Adviento, el grito con el cual se cierra toda la Sagrada Escritura, en la última página del Apocalipsis de san Juan: “¡Ven, Señor Jesús!”.

En el tiempo de Adviento estamos llamados a escuchar la voz de Dios, que resuena en el desierto del mundo a través de las Sagradas Escrituras, especialmente cuando se predicán con la fuer-

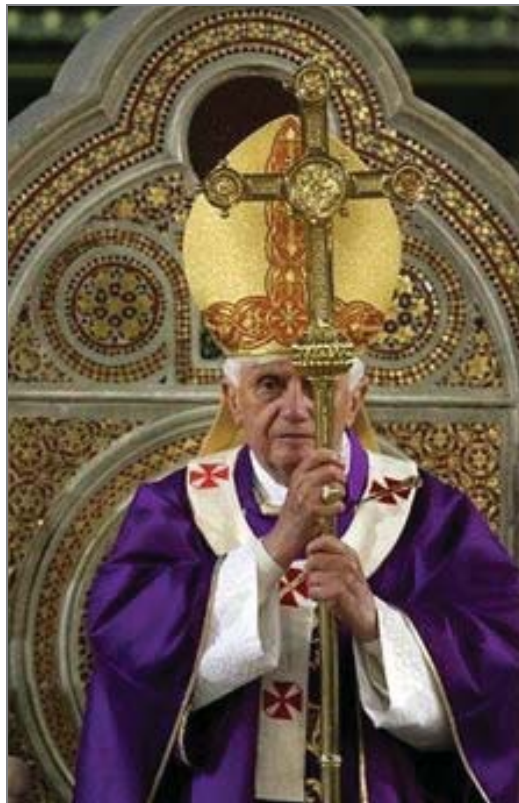
za del Espíritu Santo. De hecho, la fe se fortalece cuanto más se deja iluminar por la palabra divina. El modelo de la escucha es la Virgen María: “Contemplando en la Madre de Dios una existencia totalmente modelada por la Palabra, también nosotros nos sentimos llamados a entrar en el misterio de la fe, con la que Cristo viene a habitar en nuestra vida. San Ambrosio nos recuerda que todo cristiano que cree, concibe en cierto sentido y engendra al verbo de Dios en sí mismo” (*Verbum Domini*, 28).

La espera, el esperar, es una dimensión que atraviesa toda nuestra existencia personal, familiar y social. La espera está presente en mil situaciones, desde las más pequeñas y banales hasta las más importantes, que nos implican totalmente y en lo profundo. Se podría decir que el hombre está vivo mientras espera, mientras en su corazón está viva la esperanza, y al hombre se le reconoce por sus esperas: nuestra “estatura” moral y espiritual se puede medir por lo que esperamos, por aquello en lo que esperamos.

Por eso es muy importante, en nuestros días, subrayar el valor de la constancia y de la paciencia, virtudes que pertenecían al bagaje moral de nuestros padres, pero que hoy son

menos populares en un mundo que, más bien, exalta el cambio y la capacidad de adaptarse a situaciones siempre nuevas y distintas. El Adviento nos llama a potenciar la tenacidad interior y la resistencia del alma que nos permiten no desesperar en la espera de un bien que tarda en venir, sino esperarlo, es más, preparar su venida con confianza activa. La paciencia y la constancia son síntesis entre el empeño humano y la confianza en Dios.

Cada uno de nosotros puede preguntarse: ¿yo qué espero? En este momento de mi vida, ¿a qué tiende mi corazón? Y esta misma pregunta se puede formular a nivel de familia, de comunidad, de



nación. ¿Qué es lo que esperamos juntos? ¿Qué une nuestras aspiraciones, ¿qué tienen en común?

“Nuestra salvación –escribió Romano Guardini– se basa en una venida. El Salvador vino por la libertad de Dios. Así la decisión de la fe consiste en acoger a aquel que se acerca. El redentor viene a cada hombre: en sus alegrías y penas, en sus conocimientos claros, en sus dudas y tentaciones, en todo lo que constituye su naturaleza y su vida”.

co y singular, dotado de inteligencia y voluntad libre, pero también compuesto de realidad material.

Somos espíritu, alma y cuerpo. Somos parte de este mundo, vinculados a las posibilidades y a los límites de la condición material; al mismo tiempo, estamos abiertos a un horizonte infinito, somos capaces de dialogar con Dios y de acogerlo en nosotros. Actuamos en las realidades terrenas y a través de ellas podemos percibir la presencia de Dios y tender a él, verdad, bondad y belleza absoluta. Saboreamos fragmentos de vida y de felicidad y anhelamos la plenitud total.

Dios nos ama de modo profundo, total, sin distinciones, nos llama a la amistad con él; nos hace partícipes de una realidad por encima de toda imaginación y de todo pensamiento y palabra: su misma vida divina.

Digamos, por último, que hay una misteriosa correspondencia entre la espera de Dios y la de María, la criatura “llena de gracia”, totalmente transparente al designio de amor del Altísimo. Aprendamos de ella, Mujer del Adviento, a vivir los gestos cotidianos con un espíritu nuevo, con el sentimiento de una espera profunda, que sólo la venida de Dios puede colmar.

Centón de palabras de Benedicto XVI, de homilía y ángelus, en el Adviento del Año litúrgico 2011.



¿Cómo podemos fortalecer nuestros corazones, que ya de por sí son frágiles y que resultan todavía más inestables a causa de la cultura en la que estamos sumergidos? La ayuda no nos falta: es la Palabra de Dios. De hecho, mientras todo pasa y cambia, la palabra del Señor no pasa. Si las vicisitudes de la vida hacen que nos sintamos perdidos y parece que se derrumba toda certeza, contamos con una brújula para encontrar la orientación, tenemos un ancla para no ir a la deriva.

El comienzo del Año litúrgico nos hace vivir nuevamente la espera de Dios que se hace carne en el seno de la Virgen María, de Dios que se hace pequeño, se hace niño; nos habla de la venida de un Dios cercano, que ha querido recorrer la vida del hombre, desde los comienzos, y esto para salvarla totalmente, en plenitud.

El hombre presenta una originalidad inconfundible respecto a todos los demás seres vivientes que pueblan la tierra. Se presenta como sujeto úni-



MOTU PROPRIO PORTA FIDEI EN CUATRO TIEMPOS

“He decidido convocar un *Año de la fe*. Comenzará el 11 de octubre de 2012, en el cincuenta aniversario de la apertura del Concilio Vaticano II, y terminará en la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo, el 24 de noviembre de 2013” (*Benedicto XVI*).

La puerta de la fe está siempre abierta para nosotros. Atravesar esa puerta supone emprender un camino que dura toda la vida. Éste empieza con el bautismo y concluye con el paso de la muerte a la vida eterna.

He recordado la exigencia de redescubrir el camino de la fe para iluminar la alegría y el entusiasmo renovado del encuentro con Cristo. Con frecuencia los cristianos siguen considerando la fe como un presupuesto obvio de la vida común; hoy no parece que sea ya así en vastos sectores de la sociedad, a causa de una profunda crisis de fe que afecta a muchas personas.

No podemos dejar que la sal se vuelva sosa y la luz permanezca oculta. Creer en Jesucristo es el camino para poder llegar de modo definitivo a la salvación.

Los textos dejados en herencia por los Padres conciliares no pierden su valor ni su esplendor. Es necesario leerlos de manera apropiada y que sean conocidos y asimilados como textos cualificados y normativos del Magisterio. El Concilio, la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX; una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que comienza, una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia.

San Lucas enseña que el conocimiento de los contenidos que se han de creer no es suficiente si después el corazón, auténtico sagrario de la persona, no está abierto por la gracia que permite tener ojos para mirar en profundidad y comprender que lo que se ha anunciado es la palabra de Dios.

Confesar con la boca indica que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El cristiano no puede pensar nunca que creer es un hecho privado. La fe, precisamente porque es un acto de la libertad, exige también la responsabilidad social de lo que se cree. Pentecostés evidencia esta dimensión pública del creer y del anunciar a todos sin temor la propia fe. El Espíritu Santo capacita para la misión.

El conocimiento de la fe introduce en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios; para acceder a él, el Catecismo de la Iglesia Católica es indispensable, pues presenta el desarrollo de la fe hasta abordar los grandes temas de la vida cotidiana. A través de sus páginas todo lo que se presenta no es una teoría, sino el encuentro con una Persona que vive en la Iglesia. El Catecismo podrá ser en este *Año* un instrumento de apoyo a la fe.

El *Año de la fe* es una invitación a una auténtica y renovada conversión al Señor. La fe que actúa por el amor se convierte en un nuevo criterio de pensamiento y de acción que cambia toda la vida del hombre.

Hoy es necesario un compromiso eclesial más convencido a favor de una nueva evangelización para redescubrir la alegría de creer y volver a encontrar el entusiasmo de comunicar la fe. La fe crece cuando se vive como experiencia de un amor que se recibe y se comunica como experiencia de gracia y gozo. Como afirma san Agustín, los creyentes “se fortalecen creyendo”.

Queremos celebrar este *Año* de manera digna y fecunda. Habrá que intensificar la reflexión sobre la fe para ayudar a todos los creyentes en Cristo a que su adhesión al Evangelio sea más consciente y vigorosa, sobre todo en un momento de profundo cambio como el que la humanidad está viviendo.

Que este *Año* suscite en todo creyente la aspiración a confesar la fe con plenitud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será ocasión propicia para intensificar la celebración de la fe en la liturgia.

Por la fe, María creyó que sería la Madre de Dios; dio a luz a su único Hijo; llevó a Jesús a Egipto; siguió al Señor en su predicación y permaneció con él hasta el Calvario; saboreó los frutos de la resurrección de Jesús y, guardando todos los recuerdos en su corazón, los transmitió a los Doce.

Por la fe, los Apóstoles dejaron todo; vivieron en comunión de vida con Jesús; fueron por el mundo entero y anunciaron a todos la alegría de la resurrección. Por la fe, los discípulos formaron la primera comunidad. Por la fe, los mártires entregaron su vida. Por la fe, hombres y mujeres de toda edad, han confesado a lo largo de los siglos la belleza de seguir al Señor Jesús. También nosotros vivimos por la fe.

Que este *Año de la fe* haga cada vez más fuerte la relación con Cristo, el Señor, pues sólo en él tenemos la certeza para mirar al futuro y la garantía de un amor auténtico y duradero. Las pruebas de la vida, a la vez que permiten comprender el misterio de la Cruz y participar en los sufrimientos de Cristo, son preludeo de la alegría y la esperanza a la que conduce la fe.

Confiemos a la Madre de Dios este tiempo de gracia.

INTENCIONES PARA LOS MISTERIOS GOZOSOS DEL ROSARIO

1

Para que los miembros del Ejército del Aire anuncien, como el arcángel san Gabriel, el misterio del Verbo encarnado en la debilidad de nuestra naturaleza.

2

Para que los miembros de la Armada, al surcar los mares del mundo, lleven a los lugares visitados por ellos la presencia de Cristo y la bendición que brota de la fe.

3

Para que los miembros del Ejército de Tierra, sepan preparar siempre en su vida un lugar donde el Señor pueda mostrarse a los hombres como Dios-con-nosotros.

4

Para que los miembros de la Guardia Civil pongan en la presencia de Dios a todos aquellos por quienes, día a día, gastan y arriesgan su vida en acto de servicio.

5

Para que los miembros del Cuerpo Nacional de Policía, desde la escucha del Señor que nos habla de las cosas del Padre, liberen a los ciudadanos de sus angustias.

